

Recordar, compartir, aprender

**Santiago de Compostela**

María Añón Rodríguez

Daniel Moreira Bello, 20 años

## EL MIEDO SE LLEVÓ A MI ENAMORADO

- Hola, buenos días. ¿No será usted María, verdad? Encantado.

Así dio comienzo una conversación entre un chico con ganas de escribir y una alegre mujer, que a su parecer tenía muy poco que decir. Sin embargo, no sabía lo mucho que tenía por contar.

Empezó a caminar lentamente por su memoria y, con expresión triste, dijo: “la verdad es que viví muchas cosas; recuerdo que se pasaba hambre, que me regalaron un vestido, era de... de lino, muy frío e incómodo, ¡parecía un saco! Pero yo estaba contenta, porque no había cosa mejor. Y la verdad... no sé qué más contarle”.

Al poco tiempo de conocernos, tuve que hacer un inciso, porque sus pequeños pero expresivos ojos, parecían pedir ayuda. Tenía muchas ganas de hablar, aunque no sabía muy bien de qué. Daba la impresión de que había trabajado mucho, y me animaba mucho pensar que conservaba una capacidad para recordar y expresarse poco habitual para alguien de su edad.

María hablaba de cómo trabajaba durante su adolescencia, del tipo de tareas que realizaba, de la mala situación económica de la época, y estaba llegando a la actualidad, sin mencionar en ningún momento la palabra enamorada.

Mi mirada estaba perdida, mientras María seguía contando pequeños retales de su vida. Por mi pensamiento no dejaba de corretear la idea de qué era lo que pasaba con los hombres y su vida, ¿habría tenido un gran amor? ¿será que lo tuvo, pero ya no está entre nosotros? ¿cuál será el motivo por el cual parece que no quiere recordarlo?

Si quería salir de la duda, la mejor forma era preguntárselo. La respuesta fue la menos esperada, así como la más sorprendente. Si mal no recuerdo, fue algo así: “los hombres en mi vida... (esbozando una sonrisa), fueron pocos o ninguno, porque yo era una chica muy precavida”.

“Lo que a mi me pasó fue algo muy curioso; desde la adolescencia, cuando ya empezábamos a salir, esas dos horas que se podía antes, ¡no como ahora!, que se van a esas discotecas hasta altas horas de la madrugada, yo me sentía inferior y diferente. Creía que era bajita. Sin estar muy convencida de mi físico, y además me avergonzaba ser de familia humilde. No me parecía muy creíble que un chico se pudiese fijar en mí, buscando algo más que un momento de pasión. ¡Yo de guarrerías no quería saber nada! En esa época, camino de una dictadura, lo peor que te podía pasar era ser madre soltera. Los chicos tenían mucho cuento, te decían cosas bonitas, pero al mismo tiempo sus manos se perdían por donde no debían. Por eso, o tenías un poco de ojo, o podías arruinar el resto de tu vida, porque te encuentras joven, con un niño en brazos, que tenías que atender tú sola, cuando en muchas ocasiones apenas tenías para subsistir tú misma.

Aunque, la verdad... tampoco todo era así; lo que pasa es que yo siempre fui muy exagerada, y tuve mucho miedo. Yo lo llamaría ser el guardián de uno mismo.

Me acuerdo que había un chico de mi pueblo, Val do Dubra, que me vino a buscar a una casa en la que yo trabajaba. Curiosamente, le abrió la puerta el amo de la casa, aquél que me había regalado el vestido de lino, y el chico le preguntó por mí. Él amo me llamó y yo, me escondí; ¡pasé una vergüenza...!

El chico buscaba una mujer humilde, por lo que no era lógico que yo me sintiese acomplejada por ello; pero... ¡a mi me parecía feo!

En la romería que se celebraba en mi pueblo, todos los 15 de agosto, había chicos de buen ver, pero bai-



laban con otras chicas. Nunca se acercaban a mí. Entonces, antes de estar con uno que no me gustaba, prefería estar sola. Además, pensaba que era joven y que tenía mucho tiempo.

Los años fueron pasando, yo me tuve que ir para Murcia a trabajar en una casa, limpiando y cuidando niños, y en el tiempo libre hice amistad con un grupo de monjas. Y claro, ¡las conversaciones con las monjas eran recatadas! Se hablaba de todo menos de hombres. Perdí las ganas de encontrar a un hombre, no era una preocupación para mí.

Después, tuve que volver para Santiago y me encontré una ciudad mucho más pequeña de lo que es ahora. Durante mis paseos por las calles empedradas hacia la catedral, algunos chicos me piropeaban, y yo pensaba ¡menudos gamberros que son estos hombres!, lejos de mostrarme interesada.

Aunque a veces pienso que tampoco tuve muchas oportunidades para estar con un hombre. En Santiago, estaba trabajando para una familia maravillosa, formada por un médico y su esposa, maestra, que tenían cuatro hijos. Los cuatro hijos eran preciosos, y muy pequeños. Yo tenía que organizar el menú de la semana, ¡porque su madre no podía!, también tenía que planchar, fregar... ¡y eso es mucho trabajo! Con todo esto, sin darme cuenta, mi vida se convertía en una monotonía... Mi vida se iba en tareas del hogar, atender a los niños, preguntarles la lección... ¡mucho les gustaba que se la preguntase! ¡Y yo me sentía como si fuese su madre!

Antes de salir a pasear prefería quedarme en casa adelantando trabajo. No me daba la oportunidad para conocer a un hombre.

No sé... siempre tuve mucho miedo a arriesgarme, y para mí estar con un hombre era un riesgo. Y dejé ir las cosas, y aquí me encuentro, en esta residencia, en la que no trabajo mucho, ya que me hacen todo (entre risas), pero creo que nunca me arrepentiré de no haber estado con un hombre.

Yo creo que cuando no te arriesgas, a lo mejor, no consigues la felicidad plena, pero te evitas tantos disgustos... que consigues ser feliz”.

Ahora entiendo por qué María siempre refleja una sonrisa en su cara.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

María es una persona que considera que lo importante en la vida es sacar provecho de las oportunidades que tenemos ahora los jóvenes, de las que ella no pudo disfrutar. Antiguamente, los conocimientos se transmitían de padres a hijos y, en el mejor de los casos, se dedicaban una o dos horas diarias al aprendizaje en una escuela. El resto del tiempo lo pasaban trabajando en el campo, pues era necesario que los hijos contribuyesen a la subsistencia de la familia.

Para María, la lectura es una fuente de sabiduría, la cual no tuvo apenas oportunidad de descubrir durante su juventud; ahora, intenta recuperar el tiempo perdido. Ella, aconsejaría a cualquier persona que dedicase horas a la lectura.

Además, ve cómo la sociedad progresa, pero en algunos casos ve ese progreso como un atraso; el dinero se “escapa” más de las manos que antiguamente, que ante la escasez se aprovechaba en mayor medida. También ve como un atraso el hecho de que sigan existiendo países tan pobres como los del tercer mundo, habiendo otros mucho más ricos, como Estados Unidos. Para ella, esto significa que hay poca solidaridad entre la gente, aspecto que antiguamente, en el campo, abundaba.